

con el designio de fijar la suerte de la América del Sud en el orden militar y político. (Enero 1822). Así lo anunció públicamente, al delegar el mando en el marqués de Torre-Tagle, determinando netamente los objetos de la entrevista. Éstos eran: el arreglo de la cuestión de Guayaquil, el acuerdo de las operaciones militares para decidir de un golpe la guerra de Quito y del Perú, y la fijación de la forma de gobierno que debían adoptar las nuevas naciones, una vez resuelta la cuestión de su emancipación. Anticipándose á los acuerdos que debían sellar la alianza ofensiva y defensiva de las repúblicas americanas, resolvió prepararlos á fin de unir de hecho sus armas con las de Colombia para terminar la guerra de Quito, y con el concurso de todas las fuerzas triunfantes rematar la guerra de la independencia en el Perú (enero de 1822). Más adelante se verá cómo se verificó este hecho preparatorio, y los resultados que dió.

Sea que al proceder así, meditase ya retirarse de la escena americana, — como lo declaró poco después, — dejando organizado el triunfo final, sea que mejor aconsejado reaccionara contra sus propias ideas, y procurase retemplar las fuerzas de la revolución al entregar al pueblo sus propios destinos, cambió de rumbo político, y á pesar de su repugnancia por las asambleas populares, de sus teorías sobre la unidad del poder en tiempo de guerra y los planes monárquicos que había iniciado diplomáticamente, decretó anticipadamente la convocatoria del congreso peruano (27 de diciembre de 1821) á fin de « establecer la forma definitiva de gobierno, y dar al » país la constitución que mejor le conviniese ». Al expedir este decreto dijo: « El alto fin de todas mis empresas después » de dar la libertad al Perú, ha sido consolidarla. Los ene- » migos, sólo son ya temibles donde no encuentran á quien » combatir, porque sólo buscan pueblos indefensos que de- » solar. La opinión pública ha progresado rápidamente. Es » tiempo de que se haga el primer ensayo de la sobriedad y

» madurez de los principios sobre que se funda » (6). En seguida, al anunciar su conferencia con el libertador del norte decía: « Yo volveré á ponerme al frente de los negocios » públicos en el tiempo señalado para la reunión del congreso: » buscaré al lado de mis antiguos compañeros de armas, si » es preciso que participe los peligros y la gloria que ofrecen » los combates; y en todas circunstancias seré el primero en » obedecer la voluntad general y en sostenerla » (7). Este programa constitucional, este prospecto militar y político, que despertaba nuevas esperanzas y aseguraba el triunfo, disipaba las últimas nubes que podían oscurecer el horizonte americano.

Quedaba la cuestión de la guerra peruana por resolver. Balanceadas las fuerzas, no obstante la desproporción numérica, inatacables los beligerantes en sus respectivas posiciones, mil ó mil quinientos más ó menos de parte de los independientes, no alteraban el equilibrio, mientras podían ser decisivos en la guerra de Quito, para traer después al Perú el concurso de las fuerzas triunfantes en el resto del continente independizado. De aquí la decisión de San Martín de unir sus armas con las de Colombia, aun antes de formalizar el pacto de alianza ofensivo y defensivo con Bolívar.

III

San Martín comprendió que el sistema de guerra expectante que hasta entonces había adoptado por necesidad al

(6) Decreto delegando el mando en Torre-Tagle, antes cit.

(7) Decreto de convocatoria del congreso peruano de 27 de noviembre de 1821, inserto en la « Gac. del Gob. », núm. 50, de 29 del mismo mes y año.

invadir el Perú ó seguido sistemáticamente después de su entrada á Lima, no le daría resultados, y que los realistas, posesionados de la sierra se reharían siempre en ella á pesar de sus derrotas, y podrían tomar nuevamente la ofensiva dada su superioridad numérica. Decidióse por lo tanto á iniciar por partes el plan de campaña que tenía estudiado y que por su insuficiencia de medios no había puesto en práctica, preparando así la reapertura de las hostilidades en escala mayor. En la imposibilidad de abrir desde luego operaciones decisivas, pensó, que llamar la atención de su enemigo por varios puntos distantes en su base y convergentes á uno solo, con la sierra por objetivo, era el mejor medio de debilitarlo y mantenerlo diseminado, mientras reunía mayores elementos para tomar la ofensiva y darle un golpe mortal, utilizando al efecto la ventaja de ser dueño de las costas. La insuficiencia de sus elementos no daba para más, y el genio no podía alterar la pesantez específica de las masas, que harto hacía en mantener relativamente ponderadas.

La guerra, como la lucha por la vida, es la combinación complicada y el choque simultáneo ó alternativo de las fuerzas de la naturaleza, dirigidas por la voluntad humana dentro de la órbita circunscripta de sus facultades. Ningún hombre de acción ha triunfado contra las leyes inmutables del mundo físico, que así determinan la gravitación de los astros como deciden de la suerte de las batallas. Las fuerzas naturales son los polos magnéticos á que concurren todas las acciones subordinadas á ellas. Sin el concurso de las fuerzas de la naturaleza combinadas con las fuerzas morales de las almas, jamás se alcanzó ninguna gran victoria. Lo que se llama la estrella ó la buena ó mala fortuna de los hombres de guerra, no es si no la combinación alternada de estos factores. El primer capitán del siglo fué vencido por la acción física de los fríos de Rusia y se estrelló contra la fuerza moral de la opinión popular de España. Una tempestad, lo mismo desgaja

una selva secular que mata un insecto. Como se ha dicho, en las balanzas del destino en que se pesa una libra, se pesa un pueblo con otro pueblo, una masa con otra masa. Es cuestión de fuerza de percusión que equilibra los pesos, ó de fuerza de inercia que no se deja penetrar ni por la percusión ni por el peso.

San Martín, en su expedición al Perú supo combinar las fuerzas físicas con las morales. Tocóle por base de operaciones un territorio malsano, escaso de recursos y pobre de hombres fuertes, en un país heterogéneo, dividido por el antagonismo de castas, con marcadas zonas étnicas que determinaban las de las operaciones de los beligerantes. La distribución de estos diversos elementos, imprimió su carácter á la lucha. Debido al concurso de la opinión, San Martín no fué arrojado al mar con sus cuatro mil hombres, cuando invadió sus costas defendidas por veinte y tres mil soldados. Merced á ella, Arenales efectuó su triunfante marcha de circunvalación por el interior del país. Con ella entró á la ciudad de los Reyes y la defendió contra la invasión de los realistas; consolidó la ocupación del norte del país, y con menos hombres equilibró la fuerza respectiva de los ejércitos. Pero la peste de Huaura enflaqueció su ejército, hasta reducirlo á la impotencia para la ofensiva. Lima, fué el sepulcro de la división vencedora en la segunda campaña de la sierra. Las fiebres redujeron á la mitad las tropas de la expedición de puertos intermedios. La molicie de la Capua americana y la enervación de la disciplina militar, hizo el resto. De aquí el sistema de guerra expectante de San Martín, que pudo ser una causa concurrente de la inacción, pero que era una consecuencia de la naturaleza del teatro de operaciones y de la distribución de los diversos elementos de acción del país.

El Perú no estaba militarmente revolucionado. Sus insurrecciones populares eran inconsistentes, como se ha visto.

Sus alistamientos regulares, apenas formaban un embrión de ejército, sin generales nativos ni espíritu nacional. El levantamiento patriótico del norte, y la organización espontánea de las guerrillas que tan eficazmente contribuyeron á la rendición y defensa de Lima, y el concurso prestado á Arenales en la sierra en sus dos campañas, habían sido hasta entonces los únicos síntomas que revelasen la existencia de una nueva nacionalidad con fuerza propia. El nervio de la guerra, lo constituían los ejércitos auxiliares de Chile y la República Argentina, como queda dicho. Mientras tanto, los realistas, vencidos en la mar, expulsados de la costa, perdidas sus fortalezas, organizaban militarmente la parte del país que ocupaban con sus armas, llenaban y aumentaban sus filas con hombres más aptos para la guerra y más avezados á las fatigas, á los que inoculaban su espíritu, en un clima más sano y en comarcas más abundantes; se rehacían por dos veces en la sierra, y por la tercera vez se preparaban en ella á tomar la ofensiva con dobles fuerzas físicas. Tal era la situación militar.

En tal situación, San Martín se convenció, que el sistema de guerra expectante no daba resultados, y si los daba, eran negativos. Era visto que el problema no estaba en la costa, sino en la sierra; pero para resolverlo era necesario mayor concurso de fuerzas combinadas. De aquí el empeño del general en dar consistencia política y militar á la nueva nacionalidad peruana, dotándola de todos los atributos de soberanía y de poder que la complementasen, y la hicieran concurrir más eficientemente á la acción conjunta de las demás secciones americanas que luchaban por su emancipación. Pero á la vez comprendía, que el Perú no tenía en sí los elementos militares suficientes para robustecer más la acción de los ejércitos auxiliares, y que era necesario buscarlos fuera del país. Empero, mientras tanto, era un deber y una necesidad que se imponía, desenvolver su acción con las fuerzas

con que contaba, y se decidió á adoptar un sistema de guerra defensivo-ofensivo, iniciando á medias el plan general de campaña que tenía meditado, y que más adelante se le vería trazar con todas sus líneas. De este modo, al consolidar su base de operaciones se preparaba mejor para atraerse el concurso de los aliados bajo cuyas banderas había realizado la expedición, y propiciarse otros nuevos al norte del continente, prestando el concurso de sus armas á Bolívar, á condición de ser á su vez auxiliado en el Perú, para terminar de un golpe la guerra continental.

IV

El hombre de guerra reaparecía, pero sin las previsiones del general de los Andes en la distribución y manejo de las fuerzas que tenía bajo su mano. Al poner en práctica su sistema de guerra defensivo-ofensivo para entretener las operaciones, mientras llegaba el momento de desenvolver en más vasta escala el plan de campaña ofensivo que tenía meditado, lo hizo cometiendo errores inconcebibles en un capitán tan experimentado, que había dado tan señaladas pruebas de su genio militar. Todo le aconsejaba adoptar una ofensiva sólida ligada á su reserva, que no lo comprometiese más allá de la expectativa que por necesidad y cálculo se imponía. Á menos de no estar dispuesto á empeñar el todo de sus fuerzas en una operación decisiva que las circunstancias le brindasen, debió limitarse á una defensiva segura y á una ofensiva volante. Dueño de las costas y de todos los caminos al occidente de la cordillera desde Pasco hasta Huancavelica y Huancayo, y aun de Arequipa, podía elegir sus puntos de ataque para abrir hostilidades parciales, sin ensanchar demasiado el círculo de sus operaciones. Debía evitar la ocupación de posiciones

avanzadas estables que no pudiera sostener, y en todo caso proveer á los medios de retirada de sus divisiones destacadas ó prever todas las eventualidades á que pudieran verse expuestas. Fué todo lo contrario lo que hizo, y lo que no previó, y agravó estos errores militares con otros no menos graves en la ordenación administrativa de las fuerzas.

San Martín decidió ocupar con una división destacada el valle de Ica, penetrando por Pisco á 286 kilómetros de su reserva en Lima, y con un desierto intermedio en la región de la costa. Ica no era una posición militar, sino considerada como punto de recursos para el avance ofensivo sobre la sierra de una columna que se bastase á sí misma, ú obrase en combinación con otra que por distinto punto amagase al enemigo posesionado de ella. Por consecuencia, la división independiente situada en Ica, desde que no concurriese directa ni indirectamente en su apoyo la reserva, estaba expuesta á ser envuelta por los españoles que ocupaban Jauja, Huancavelica, Huamanga y Arequipa, y por consiguiente su posición era tan falsa como precaria (8). Agréguese á esto, que la opinión del vecindario de Ica era contraria á la causa de los independientes, por las repetidas exacciones cometidas en sus propiedades por Cochrane y por el mismo San Martín, y se tendrá idea de la peligrosa situación de una columna así destacada.

La división destinada á ocupar á Ica, se compuso de los

(8) Pruvonena : « Mem. y docs. para la hist. de la Indep. del Perú », t. I, pág. 84-85. Esta obra, que se dice póstuma, atribuida con fundamento á Riva Agüero, es un libelo difamatorio contra San Martín y Bolívar, con documentos apócrifos unos, y elegidos los que no lo son con el espíritu de difamación sistemática que campea en sus páginas desautorizadas, carece de valor como documento histórico. Empero, en este punto, el libelo tiene razón en lo que dice, y á estar á su testimonio, el mismo Riva Agüero advirtió á San Martín del peligro que corría la división situada, aunque bien pudiera ser ésta una previsión *a posteriori*, después que el éxito desgraciado condenó la operación.

batallones núm. 1 y 3 del Perú y núm. 2 de Chile, con algunas compañías sueltas de infantería, y de los escuadrones de Lanceros y Granaderos á caballo del Perú, con 6 cañones de á 4, sumando un total de 2,111 hombres (9). En el empeño de San Martín de hacer surgir entidades peruanas, confió el mando de esta fuerza al ciudadano don Domingo Tristán y al coronel Gamarra, y este fué el más craso de todos los errores. Era Tristán natural de Arequipa, perteneciente á una familia noble, circunstancia que tal vez lo hizo preferir. En los primeros años de la revolución en el Alto Perú habíase pronunciado por ella; posteriormente volvió á servir con los realistas en puestos civiles, y á la sazón estaba alistado en las filas independientes. Condecorado con el título de general, se le confió el mando superior de la expedición. Siendo evidente su incapacidad militar, pues carecía de experiencia y hasta de conocimientos teóricos, puso á su lado como jefe de estado mayor y en calidad de coadjutor de guerra al coronel Gamarra, otra nulidad reconocida en todo sentido, como lo había mostrado en la campaña de la sierra.

Las instrucciones que San Martín dió á Tristán, se reducían á triviales preceptos de guerra, máximas morales sobre la combinación de la fuerza militar y la opinión y el estado social del Perú, prevenciones de cabo de escuadra sobre el orden disciplinario y mecánico de la tropa y armamento, y consejos más bien que órdenes sobre el sistema de hostilidades que debía seguirse. « Siendo el sistema de guerra que más » conviene á la localidad del Perú, decía en ellas, el de sor-

(9) San Martín, en las instrucciones que dió al jefe de la división con fha. 18 de enero de 1822, y de que se hará mención más adelante, dice que ella se compondría de 4,600 á 4,800 hombres, pero Paz Soldán, en su « Hist. del Perú Indep. » pág. 280, le asigna la fuerza apuntada en el texto, en vista de un estado de fuerza que cita, de fha. 2 de marzo de 1822, posterior á las instrucciones, firmados por el mayor Ramón Estomba, ayudante del Estado mayor de la división. (Véase Cat. de M. S. S. de Paz Soldán, núm. 427.)

» presas y posiciones, y aun más que éste el de recursos, se
 » tratará siempre de no comprometer ninguna acción, si no
 » es con conocida ventaja. Se podrá subdividir la división en
 » dos expediciones, si se creyese conveniente ». Á la vez
 anunciaba que daría por separado el plan de campaña que
 debía observarse, el cual nunca dió, porque no había plan po-
 sible sobre estas bases y con jefes reconocidamente tan inept-
 tos. Para colmo de tantos errores, al mismo tiempo que enca-
 recía « la unidad de acción y de mando » confiaba la dirección
 á la « unión fraternal entre Tristán y Gamarra », obrando en
 el orden político el primero según su prudencia, y en lo mili-
 tar de acuerdo con el segundo, según las prevenciones ver-
 bales hechas á éste (10). Las instrucciones verbales que el ge-
 neral dió á Gamarra, se redujeron á la ocupación permanente
 de Ica, teniendo por objeto, hostilizar á los españoles dueños
 de la sierra y contenerlos en caso de que intentasen bajar á
 la costa, á la vez que impedir que el enemigo recibiera por los
 puertos auxilios de armas ó de otro género del exterior. Nin-
 guno de estos objetivos podía llenarse. Una división, más
 débil que la que ocupaba la sierra, no tenía acción eficaz sobre
 ella para hostilizarla, y no podía sostenerse ni aún á la de-
 fensiva en posición aislada. Atender á la vigilancia de toda
 la costa, era debilitarse, perdiendo de vista el otro objetivo,
 con el riesgo de ser batida fragmentariamente, cuando
 por otra parte quedaba libre á los realistas el puerto de
 Arica, que era por donde recibían sus auxilios del extran-
 jero.

Todo en esta malhadada expedición, confiada á la inepti-
 tud, lleva el sello de la imprevisión. Los más renombrados
 generales han tenido eclipses de genio. Napoleón en la cam-

(10) Véase Paz Soldán : « Hist. del Perú Indep. » pág. 281 y sig., que
 trae el texto de las instrucciones.

paña de Rusia cometió los más groseros errores técnicos, aun
 en el arma en que era maestro. Pero verdaderamente no se
 concibe, dónde el gran capitán americano tenía la cabeza,
 cuando resolvió tal expedición y dictó tan insustanciales como
 mal calculadas instrucciones ! La única explicación que tiene
 esta expedición, es, que con elementos nacionales se propo-
 nía fomentar la insurrección popular de la sierra, á la que
 daba mayor importancia de la que tenía, para aumentar el
 ejército peruano y mantener al enemigo en alarma, en la per-
 suasión de que con esta atención no le sería posible tomar la
 ofensiva sobre la costa. Así lo indica el hecho de dotar el
 parque de la división de Tristán de armamento para cuatro
 mil hombres y de una imprenta para propagar las ideas de
 la revolución. Pero para el caso que el enemigo tomase
 la ofensiva con fuerzas superiores, nada serio había pre-
 visto.

V

Situado Tristán en Ica, permaneció en la inacción á que
 fatalmente estaba condenado. Limitóse á extender sus parti-
 das hasta Nasca y á observar los caminos de la sierra, despa-
 chando espías y agentes al territorio enemigo, que le trasmi-
 tían avisos equivocados, cuando no falsos, pues como queda
 dicho, la opinión de la comarca le era contraria. Algunas
 guerrillas patriotas que por el valle de Cañete se habían
 acercado á Ica para cooperar á las imaginadas hostilidades
 de la columna de Ica, hicieron incursiones al oriente de la
 cordillera. Tal era su situación setenta días después de abier-
 ta esta singular campaña (principios de marzo de 1821). San
 Martín mientras tanto, anunciaba desde Lima una irrupción
 de Arenales sobre Jauja para mantener la alarma que se pro-